

# TEXTOS Y GLOSAS

---

## Octava Semana de Teología Espiritual

*Toledo, 5 al 9 de julio de 1982*

TEMA: «SENTIR CON LA IGLESIA».

Soy consciente de que escribir sobre las Semanas de Teología Espiritual, que organiza el CETE (Centro de Estudios de Teología Espiritual), es lo mismo que escribir o hablar de Toledo y de don Marcelo González Martín, cardenal Primado de España.

Soy consciente, también, de que todo esto suena, para muchos, a «Iglesia conservadora» y a «doctrina tradicional». El señor cardenal también es consciente de ello; y, en unos momentos que departí con él, sentía que no hubiera más agustinos en la Semana —él recuerda con verdadero afecto a algunos agustinos de su etapa pastoral de Valladolid—, e incluso algún profesor desarrollando una cualquiera de las ponencias del programa.

Porque Toledo —rememorando la frase del rey francés— bien vale una Semana de Teología espiritual. Y esto, por muchos motivos. Comenzando por la propia ciudad imperial, Toledo es —ya lo decía Cossío— la ciudad que ofrece el conjunto más acabado y característico de lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas. Es el resumen más perfecto, más brillante y más sugestivo de la historia patria.

Y a quien le gusta estas cosas, debe gustarle la ciudad de Toledo. Porque es quizá la ciudad que resume de modo más maravilloso los fundamentos de la historia española. En este sentido, habría que remontarse al historiador Tito Livio para comenzar a conocer ya lo que entonces debía ser la «Toletum», «pequeña población fortificada». Los visigodos la harán capital del reino; y de ello hablan sus Concilios, sus reyes, sus obispos y su cultura. Alfonso VI la reconquistó a los moros y la convirtió también en capital del reino castellano, acaso más en el aspecto cultural que en el político. Porque, más adelante, y en el siglo XIII, la Escuela de traductores de Toledo había hecho llegar la cultura clásica y oriental al mundo de Occidente y la antigua capital visigoda tuvo el

ambiente más favorable para la convivencia de árabes, judíos y cristianos. Los Reyes Católicos mostraron igualmente su predilección por Toledo, levantando en ella el monasterio y el majestuoso templo de San Juan de los Reyes, con la intención de ser enterrados aquí y como réplica única al monasterio de Batalla, por aquello de Aljubarrota y luego Toro y Zamora.

Como tuvo su predilección por esta ciudad el emperador Carlos V —sus padres, Juana la Loca y Felipe el Hermoso, fueron proclamados sucesores de los Reyes Católicos en la catedral toledana—, y fruto de este amor fue el Alcázar purista de Covarrubias.

Por todo ello, por su arte mudéjar y por su catedral gótica; por su mezquita califal del Cristo de la Luz y —¡cómo no!— por el Greco, por Padilla y doña María de Pacheco; por Gregorio Marañón y por Victorio Macho... Toledo bien merece una visita y asistir a una Semana de Teología Espiritual.

La de este año hacía el número octavo y llevaba por lema SENTIR CON LA IGLESIA. Los días fueron del 5 al 9 de julio. Fueron días de calor agobiante en Toledo —y en toda España—, días de intenso trabajo para el que, como ocurre en estos casos, quisiera trabajar y aprovechar bien el tiempo.

El número de semanistas, entre sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas de varias diócesis y un buen grupo de seglares ascendía este año a 428, según la estadística que nos entregaron el último día. Por supuesto que en estas asambleas, como es habitual en ellas, las variopintas religiosas se llevan la palma en número y en participación.

Las Semanas de Teología Espiritual tienen un algo que no tienen otras y que es lo que me mueve a mí —y a muchos sacerdotes y religiosos— a asistir a algunas de ellas: que, junto a las lecciones de los teólogos, la mayoría de ellos venidos de las Facultades de Granada y de Deusto, se vive en profundidad y en una liturgia elevada la oración comunitaria. Hacía tiempo que no asistía yo a Laudes y Vísperas cantadas, y que no veía a un grupo de más de 400 personas rezar en común la Hora de Sexta y de nuevo oración comunitaria, a las cuatro de la tarde, con el Stmo. Sacramento expuesto en la iglesia de Santa Isabel, de las clarisas de Toledo.

Los trabajos se iniciaron el día 5 de julio con la recepción de Semanistas en el Seminario Mayor, marco de todas las lecciones y diversas secciones de estudio de estos días.

Por la tarde, en la catedral, misa concelebrada por más de cien sacerdotes —esa sería la tónica de todas las jornadas— a las ocho y media y con la lección inaugural a cargo del cardenal primado, don Marcelo González Martín, que disertó sobre el tema «Santa Madre Iglesia».

Don Marcelo, en su doctrina clara y asertiva, sin dubitaciones de ninguna clase recordó a todos lo que ha sido a lo largo de los siglos la Iglesia, lo que si-

que siendo y significando hoy en día, y el futuro de la misma que —según él—, a pesar de los pesares, se promete esplendoroso. Pidió a todos fidelidad y —recordando a santa Teresa— amor, mucho amor a la Iglesia.

El día 6, después de Laudes cantados y los puntos de meditación, este año a cargo del P. Manuel Iglesias, que vino a sustituir al inolvidable P. Solano, recientemente fallecido, en el Salón de Actos del Seminario Mayor, tuvo lugar la primera lección de la mañana: «La Iglesia, sacramento primordial de santidad». El ponente fue don Nicolás López Martínez, Presidente de la Facultad de Teología de Burgos. Lección profunda, de un hombre bien preparado en estos temas, pero que se hizo asequible a los oyentes, teniendo en cuenta la heterogeneidad de los mismos.

Antes de comenzar la lección teológica, el P. Cándido Pozo, moderador general de la Semana, tuvo un saludo afectuoso para los Semanistas, encauzó los trabajos de la Semana —no sólo las ponencias, sino también la oración comunitaria— y dedicó un cariñoso y agradecido recuerdo al recientemente desaparecido y citado ya P. Solano, que en años anteriores dirigía, como él sólo sabía hacerlo, la oración de la mañana.

Don Nicolás López, en esquema, explicó: la Iglesia, sacramento, en el Concilio Vaticano II, a base de textos conciliares, la eclesiología cristológica y pneumatológica, y el alcance del término «sacramento».

Discurrió, después, por la sacramentalidad analógica, con textos de san Agustín, de Pedro Lombardo y de santo Tomás; estudió la Iglesia como sacramento-misterio, volviendo a textos agustinianos; y finalmente, el misterio de comunión: comunión de fe y de esperanza, comunión de caridad y consecuencias del ágape.

A las doce de la mañana y, tras un breve descanso, el profesor don Eugenio Romero Pose, rector del Centro de Estudios Teológicos de Santiago de Compostela, disertó sobre «La gran Iglesia en la teología cristiana primitiva». Muy claro en las ideas y en la dicción, el profesor Romero Pose comenzó diciendo que a fines del siglo II, la Iglesia tuvo que afrontar un grave peligro, acaso el mayor de toda su historia: la Iglesia aparecía dividida, y el personaje Celso lo reflejaba como nadie.

Todos reclamaban para sí la legitimidad y autenticidad de la Iglesia. Es ésta la hora de la apologética. Las preguntas cruciales giran en torno a Cristo. Los apologistas se ven acosados por sí mismos para responderse hasta dónde podían responder a los graves problemas del momento. Heterodoxos y ortodoxos tenían la misma fuente común: todos leían la Sagrada Escritura. Los hombres más destacados son: Justino, Clemente, Orígenes... y, sobre todo, san Ireneo.

Se refirió luego a las distintas tendencias existentes: la judía o judaizante;

los marcionitas, cultivadores de la «verdad absoluta», y los gnósticos, sobre los que se entretuvo casi la mitad de su tiempo.

El conferenciante terminó diciendo que la gran Iglesia aparece como roca firme y compacta; pero que hasta que no lleguen los días de san Agustín no habrá una doctrina fija y definitiva de esta gran Iglesia.

Por la tarde, tras la oración ante el Santísimo en la iglesia de Santa Isabel, comenzó la sección de Seminarios. El que esto escribe se había apuntado al de «Vida religiosa», cuyo moderador fue el P. Vicente M.<sup>a</sup> Blanco Gamero.

La última lección de la jornada corrió a cargo del P. Pedro Arenillas, dominico, profesor en la Facultad de Teología de Burgos, y con el título «Un solo corazón y una sola alma en la Iglesia naciente». En realidad, fue el P. Cándido Pozo quien se limitó a leer la conferencia, larga en exceso, del teólogo dominico, ausente de Toledo por tener que asistir al Capítulo Provincial de su Provincia y del que formaba parte destacada.

El tema era interesante. Después de una larga introducción, entró en materia estudiando el significado de la palabra «Iglesia» en la cultura griega, en el Antiguo y Nuevo Testamento. Después, pasó a explicar la unidad de la Iglesia tal como aparece en los *Hechos de los Apóstoles*: unión en la fe, en el culto, en la caridad, y en la jerarquía.

El punto final de la ponencia versó sobre los carismas en la Iglesia primitiva, con el significado del término y la relación entre carismáticos y jerarquía.

La misa concelebrada, presidida por monseñor Innocenti, Nuncio de Su Santidad en España, cerró los actos de la jornada. En su homilía, el señor Nuncio subrayó el amor y la fidelidad al Papa, pidiendo a todos los españoles que le abramos de par en par las puertas cuando, en el próximo otoño, venga a España. «Miremos ese viaje —dijo— como expresión de amor del Pastor universal a una porción predilecta de su grey... Vuestra acogida al Papa no puede reducirse sólo a un gesto de la proverbial hospitalidad española, sino que ha de ser la actitud de aceptación al que viene en el nombre del Señor Jesús para confirmaros en la fe y en todo bien».

El día 7 comenzó con la oración de Laudes y la meditación dirigida por el P. Manuel Iglesias. «La Iglesia de Dios comprada por la sangre de Cristo», fue su lema. Espiritual, jugosa y práctica para los tiempos que nos toca vivir hoy en la Iglesia de Dios.

A las diez y media, de nuevo los semanistas en el Salón de Actos del Seminario Mayor, escuchamos la lección a cargo del P. Carlos Lledó, dominico, el cual disertó sobre «Dimensión eclesial de la santidad». Otra vez larga, acaso demasiado, esta ponencia y declamada, además, en un tono oratorio propio del siglo XIX. Pero interesante y profunda, como la mayoría de las que escucharíamos a lo largo de la semana. Muy en esquema, el P. Lledó expuso estos

tres puntos: La santidad de los bautizados tiene su origen inmediato en la Iglesia. La santidad de los bautizados se desarrolla en la Iglesia (sacramentos). La santidad de los bautizados alcanza su plenitud relativa en la «Iglesia celeste» (La vocación cristiana y la «tensión de santidad»; una sola Iglesia, y la Iglesia celeste, término del desarrollo de la santidad).

Más sugestivas y amenas fueron las siguientes ponencias de este día, la primera de ellas a cargo del jesuita P. Jorge de la Cueva y sobre el tema «La Iglesia de los pequeños», y la segunda desarrollada por Joaquín Alliende, sacerdote de Schönstatt, y miembro del equipo de reflexión del CELAM: «Amar a la Iglesia para vivir en ella».

El P. Joaquín Alliende, arrancando de un texto de san Pablo a los corintios: «¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados!», hizo ver a los seminaristas como dos constantes en las obras de Dios: la pequeñez e insignificancia de los instrumentos, y la tentación de presentar a la Iglesia como grupo exclusivo de «selectos».

Este sacerdote ejemplar, desde su posición personal de testimonio, explicó cómo de la debilidad misma de la Iglesia emana su gozo y su alegría. Fue una conferencia, o lección, distinta a todas las demás. Ése fue el motivo de que, al término de la misma, se llevara una cerrada ovación, que no se llevó ninguno de los profesores invitados.

Habló, nuestro sacerdote chileno, desde una experiencia ante y postconciliar; y también desde una experiencia latinoamericana, como quien ha trabajado en Medellín y en Puebla.

El calor en Toledo era agobiante. Pero la Semana no decayó. Aquel día se cerraron los trabajos con el canto de Vísperas y la Misa concelebrada en la catedral, presidida por monseñor Juan Ángel Belda, obispo de Jaca, el cual tuvo su homilía sobre «La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía construye la Iglesia».

Entre las lecciones del día siguiente, cabe destacar la desarrollada por el P. José Goenaga, jesuita, profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto, sobre «El culto de la Iglesia». Comenzó por definir y clarificar lo que es el culto y la Liturgia; que, según él, es ante todo y sobre todo, oración de la Iglesia. Se ora según se cree —dijo después—, y se cree según se ora. En la Liturgia se experimenta en profundidad la contemplación de la Iglesia, la vivencia de los misterios de Cristo que tiene la Iglesia, la cima y la fuente, al mismo tiempo («Quas primas»), del ser y de las actividades de la Iglesia...

En una segunda parte explicó las consecuencias del *Orar-sentir con la Iglesia para la experiencia cristiana de los fieles*.

Pero quizá tuvo mayor interés, por venir de un seglar, la lección que ofreció don José Luis Gutiérrez, director de la BAC., y que versó sobre «Lo católico en los santos», concretándose a santa Teresa de Jesús.

En síntesis dijo que hace años se hablaba de apostolado. Hoy se prefiere hablar de evangelización. El significado genuino de las dos palabras es sustancialmente el mismo: el cumplimiento de deber que tenemos de ser portadores y ejecutores de la misión del Señor transmitida a la Iglesia. El anuncio del Evangelio tiene como finalidad la salvación de las almas.

Se refirió luego a la «fuga del mundo», tan mal entendida y tan criticada por muchos. La fuga del mundo no es —vino a decir— «fuga de los hombres», sino, precisamente, acercamiento profundo y eficaz. Hace más el silencio orante y el sacrificio corredentor que las solas fuerzas y el uso no iluminado de los medios temporales. Teresa de Jesús y Catalina de Siena son ejemplos supremos de ello.

Después disertó largamente sobre el concepto de «catolicidad» como servicio a la Iglesia de Dios; para fijarse en la doctrina espiritual de Santa Teresa, cuya catolicidad es evidente. No hay más que un camino, Cristo, pero puede discurrir por una casi infinita pluralidad de vías. Dios no hace a los hombres en serie; cada personalidad es irrepetible. Todas las espiritualidades católicas que han surgido en la Iglesia han colocado a la obediencia en el puesto que por designio divino le corresponde. Y puso como modelo de obediencia a la Iglesia a Santa Teresa de Jesús.

Por la tarde de ese mismo día 8, el P. Luis M.<sup>a</sup> Mendizábal, especialista en espiritualidad ignaciana, ofreció una visión de las reglas para sentir con la Iglesia y mostró la actualidad de estas normas del santo de Loyola.

La homilía de Mons. Ricardo M.<sup>a</sup> Carles, obispo de Tortosa, cerró la tarea de aquella jornada. El tema señalado fue el de «La fidelidad a la propia vocación como servicio a la Iglesia».

El día 9 de julio, Toledo, si tenía ya por la mañana un especial embrujo, era el del calor sofocante. Los actos de la Semana cambiaron de horario y de lugar. La Semana de Teología tocaba a su fin. A las nueve de la mañana los semanistas nos dirigimos a la catedral para asistir a la misa concelebrada, en la que estaban presentes varios obispos y el señor cardenal, don Marcelo González. Fue presidida por Mons. Miguel Peinado, obispo de Jaén, el cual tuvo la homilía de turno con el tema «La Virgen María en la Iglesia».

Después de la misa y tras un breve descanso, en el Salón de Actos del Seminario Mayor tuvo lugar la anunciada y esperada conferencia de Mons. Jerome Hamer, secretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, la cual versó sobre «El magisterio de la Iglesia».

La llegada de Mons. Hamer había despertado cierta curiosidad en los me-

dios de comunicación social. Pero este dignatario de la Iglesia romana dejó bien claro a la prensa que le esperaba en el aeropuerto de Barajas que venía únicamente invitado por la Semana de Teología Espiritual de Toledo. Lo que sí dijo ya entonces fue que «la teología no puede separarse del empeño personal del hombre en el terreno de la fe y de la caridad. La teología es inseparable de este empeño. Hay que poner de relieve la unidad de la vida espiritual y la teología».

Sería interesante ofrecer una síntesis de esta magnífica lección. El secretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe pidió permiso para dirigir unas palabras en italiano agradeciendo al señor cardenal el haberle invitado a esta Semana de Teología Espiritual, ya que procede de una familia —monseñor Hamer es dominico— donde la oración es fundamental y está profundamente arraigada a la Tradición. Por lo que le place mucho el enfoque de estas Semanas de Toledo, en las que se une la enseñanza teológica con la oración comunitaria.

Y ya metido en la conferencia sobre «El magisterio de la Iglesia», comenzó con una pregunta clave: «¿Cuál es, o debe ser, la función del magisterio de la Iglesia?». La respuesta la iría dando a lo largo de su disertación. Antes, se refirió a las apreciaciones que la opinión pública tiene referente a la palabra del Papa. Cuando Juan Pablo II habla de paz —dijo—, de libertad, de derechos humanos, encuentra pocas voces discordantes; pero apenas entra en el terreno de ciertas exigencias de la moral cristiana, la resistencia se hace sentir. Basta observar, por ejemplo, cuando se refiere al respeto a la vida. Esta actitud resulta ilógica y aun contradictoria: adhesión a una parte y rechazo a otra parte del mensaje.

Se refirió luego al magisterio de la Iglesia y se preguntó si puede la Iglesia seguir llevando la dirección espiritual del mundo. Cree que sí; que debe estar al corriente de la opinión pública; pero no puede contentarse con lo que esta opinión pública piensa del magisterio, que solamente es suyo.

Y citó textos de la Escritura, haciendo hincapié en el «id por todo el mundo, enseñad a todas las gentes y bautizadlas...».

Misión, pues, universal la de la Iglesia, que explicó Mons. Hamer distinguiendo entre discípulo y alumno. Porque hacer discípulos —dijo— es algo más que hacer alumnos. El discípulo estrecha lazos de amistad con el maestro; conecta con él; vive sus mismos ideales. El simple alumno no es nada de eso.

Ser discípulo es seguir al maestro. Y seguir a Jesús es compartir su existencia, escuchar y asimilar su palabra. Es compartir su destino, sufrimientos y alegrías. Es imitarle en toda una vida...

En la segunda parte de su conferencia se refirió a la tarea de estos discípu-

los de Cristo, poniendo por ejemplo los primeros apóstoles y seguidores suyos de la primitiva Iglesia.

Terminó su admirable conferencia resaltando lo que debe ser el magisterio de la Iglesia a la luz del Vaticano II. La Iglesia es una realidad aparte, que no entra en las estructuras de las asociaciones sociopolíticas. Ningún sondeo de opinión pública puede dar idea exacta de ella. La Iglesia es una sociedad diversa de las otras. Es a la vez visible (humana) y espiritual (divina) inseparablemente. Es una sociedad visible a los ojos humanos; pero es también una comunidad espiritual.

Éste es el misterio — terminó diciendo Mons. Hamer — de la Iglesia. Éste es el designio de Dios en una Iglesia cuyo magisterio forma parte del mandato de Cristo: «Id y enseñad, haced discípulos a todas las gentes, a todas las naciones»...

Y con la lectura del informe sobre el trabajo realizado por las diversas secciones o Seminarios, y otro más sobre las actividades del CETE a lo largo del curso, se llegó a la clausura que, como en años anteriores, corrió a cargo del señor cardenal, don Marcelo González. Fue una acción de gracias a todos los asistentes; de modo especial a Mons. Jerome Hamer. Pero fue, también, otra de las alocuciones muy de su cuño y un aliento a seguir en la tarea.

Hoy se habla de la Iglesia — dijo el cardenal primado — como de un sindicato, como de un grupo de presión. Y no es eso. Citando al escritor inglés Chesterton — una salida graciosa que nadie se esperaba en don Marcelo —, dijo para entrar en la Iglesia, lo primero que tenemos que hacer es quitarnos el sombrero. La metáfora le llevó a disertar sobre el respeto, fidelidad y amor que debemos prestar a la Iglesia, tema central de esta Semana de Teología Espiritual.

Y yo, para terminar esta miscelánea, quiero hacerlo con las palabras de santa Teresa de Jesús, en cuyo IV Centenario estamos: «Gracias te doy, Dios mío, Esposo de mi alma, porque al fin muero hija de la Iglesia».

T. APARICIO LÓPEZ